

## **EXALTACIÓN A LA SANTÍSIMA VERA-CRUZ.**

### **JUEGOS FLORALES DE LA HERMANDAD DE VERA-CRUZ DE SEVILLA**

Sevilla, 10 de mayo de 2018

Eusebio Pérez Torres

#### **1.-SALUTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS**

Señor Hermano Mayor y Junta de Oficiales de la Muy Antigua, Siempre Ilustre, Venerable, Pontificia, Real, Fervorosa, Humilde y Seráfica Hermandad y Archicofradía de Nazarenos de la Santísima Vera Cruz, Sangre de Ntro. Señor Jesucristo y Tristezas de María Santísima.

Reverendo Señor Delegado Diocesano de Hermandades y Cofradías y Director Espiritual de la Hermandad.

Ilmo. Sr. Teniente de Alcalde del ayuntamiento de Sevilla y Presidente de la Junta Municipal del distrito Casco Antiguo.

Sr. Tesorero del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla.

Dignísimas autoridades, hermanos mayores y representantes de Hermandades e Instituciones que nos acompañáis.

Queridos amigos, e incluso enemigos e indiferentes, si los hubiere. Queridos todos:

Cuando el Hermano Mayor, D. José Manuel Berjano, y el Fiscal, D. José María Tortajada me ofrecieron el honor de esta manteneduría, me sorprendió mucho que pensaran en mí para la ocasión. Me dije, ¿qué les puede contar sobre la Cruz un sevillista como yo a estos dos béticos que ellos no sepan mejor que yo? No tengo títulos que justifiquen mi

presencia en este ambón. Conozco la tradición de esta querida Hermandad de Vera Cruz de designar mantenedor de estos juegos florales al anterior pregonero de la Semana Santa de Sevilla. Conforme a ello, correspondía comparecer hoy en este lugar a D. Alberto García Reyes, pero comoquiera que el maestro ya había toreado en esta plaza, la Hermandad ha tenido la gentileza de ponerme a mí en el trance. Dicen que los honores ni se piden ni se rechazan, y si ustedes se han atrevido a llamarme para este magnífico acto, yo, además de sentirme muy honrado y muy agradecido, tengo que venir sin preguntar, sólo rogándoos que tengan conmigo misericordia, que este año no hay aquí un pregonero, que el maestro ya había sido mantenedor y ha habido que llamar al sobresaliente.

Gracias especiales también a ese otro gran maestro, Rafael González Serna, por serlo y por sus generosas palabras que me sirven de aliento solidario. Muchas gracias. Él nos dictó el año pasado una excelente poética sobre la Cruz. Yo no les puedo ofrecer dones que no me fueron dados y les hablaré prosaicamente, en prosa sevillana, eso sí, de este simple niño nacido en S. Lorenzo y criado en la Costanilla, que se ha hecho muy mayor, pero que sigue recordando la dedicatoria que figura en la Biblia que le regalaron el día de su Confirmación: “Hoy te has convertido en soldado de Cristo. La Palabra de Dios te inspirará para saber defenderlo siempre. Papá y mamá. 28 de mayo de 1974”. Queridos padres, 44 años después de que escribierais estas palabras hoy las necesito especialmente, por lo que os ruego pidáis al Señor de la Vera Cruz y a la Virgen de las Tristezas que me echen las manos que puedan esta tarde. A vosotros que estáis junto a Ellos seguro que os harán caso.

## **2.- LA LLEGADA DE LA CRUZ AL MUNDO**

Primavera de 1248. Los ejércitos al mando del rey Fernando III habían puesto cerco a la rica ciudad de Sevilla, a fin de doblegarla por el hambre y la escasez. El rey acampó cerca de la Torre de los Caños. Hacia el Sur estaban las tropas del Maestre de la Orden de Santiago; hacia el Este el

Infante Don Alonso con caballeros aragoneses, más allá D. Diego López de Haro y al Norte las milicias armadas castellanas que completaban el sitio en todo el arco oriental de la ciudad. Pero hacia poniente el río Guadalquivir defendía a los almohades sevillanos, permitiendo el aprovisionamiento a través del puente de barcas que unía Triana y Sevilla, sin que el asedio a que D. Rodrigo Gómez de Galicia sometió al castillo que lo vigilaba impidiera burlar el bloqueo, haciéndolo ineficaz.

Por fin, un día, el almirante cántabro Ramón de Bonifaz, inaugurando la posteriormente gloriosa armada española, ascendió con una flotilla aguas arriba del Betis y consiguió romper el puente de barcas, dejando incomunicada a Sevilla. Todos los historiadores coinciden en que ésta fue la acción decisiva para el éxito de la campaña, y a fe que debió serlo, pues la escena figura en el propio escudo de Cantabria, Torre del Oro incluida. Era el día en el que la civilización de la Cruz anunciaba su vuelta a la tierra hispalense. Era el 3 de mayo de 1248, mira por dónde, festividad de la Invencción de la Santa Cruz.<sup>1</sup>

¿Qué significaba la llegada de la religión cristiana? No se trata de contraponerla a otras, en una lucha entre sus distintos credos o dogmas, sino, de entre los muchos puntos de vista desde los que se la debe homenajear, afirmar la aportación de la Cruz a la civilización. “Nada se ha inventado sobre la tierra más grande que la Cruz”, decía León Felipe<sup>2</sup>. La Cruz cambió el género humano e iluminó el progreso de la Humanidad, precisamente por ahondar en lo que de eterno hay en el Hombre.

En el mundo romano durante el que surgió el cristianismo, su mensaje contradecía las ideas de la época sobre lo que se consideraba saludable para la Humanidad, pues una creencia que defiende a los pobres y a los débiles parecía una apuesta por la decadencia de un pueblo, un suicidio colectivo. Los romanos no desconocían la caridad, y practicaban lo que se ha denominado evergetismo, cuya traducción literal podría ser hacer el

---

<sup>1</sup> Estos datos están tomados del “Atlas de Historia de España”, de Fernando García de Cortázar, pág. 206. Editorial Planeta, 2005.

<sup>2</sup> “Cuatro poemas con epígrafe y colofón”. León Felipe. Universidad de México, [www.revistadelauniversidad.unam.mx](http://www.revistadelauniversidad.unam.mx)

bien, o hacer buenas obras. Los romanos las hacían, eso sí, siempre en favor de sus allegados o clientes, en el entramado de intereses que conformaban la ciudad romana. Pero dar a los pobres por el solo hecho de serlo no tenía sentido, como expresaba crudamente Artemidoro de Éfeso allá por el siglo II d.C.: “Los pordioseros se asemejan a la muerte, puesto que...-como ella- no devuelven nada de lo que han recibido”<sup>3</sup>.

Frente a estas concepciones del mundo clásico, el mensaje de la Cruz iba dirigido a todos, sin distinción de raza, condición ni ninguna otra circunstancia. No era una religión para un individuo o para un pueblo determinado, sino para TODOS, lo cual era una revolución, porque la diferencia no era meramente cuantitativa, sino trascendental: la consideración del otro, de todos los otros, como un igual, porque todos y cada uno somos hijos de Dios. El otro ya no era considerado en función de los intereses de uno, sino por sí mismo, englobando no sólo a los miembros de la familia, el clan, la tribu o la ciudad, sino a todas las personas. Por eso decía San Ambrosio a los cristianos de Milán, “tenéis que ver a los pobres no como a los otros sino como a los hermanos.”<sup>4</sup>

Aparece así un Dios que no ampara a unos cuantos o a un pueblo, sino un Dios universal. La mirada del Hombre, habitualmente egocéntrica, se invertía, dirigiéndose hacia fuera de uno en lugar de hacia dentro. Los pueblos antiguos conocieron la benevolencia con el prójimo, pero basada en el interés propio, bien del individuo, bien del colectivo al que pertenecía. Esto cambia radicalmente a partir de la Cruz, pues los destinatarios de la caridad son ahora todos los seres humanos: “Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen.... Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles” (Mt 5, 45-47)

---

<sup>3</sup> Artemidoro de Éfeso, citado por Peter Brown, en “Por el ojo de una aguja”, pág. 185, editorial Acantilado 2016, tomado, a su vez tomado de “Oneirocriticon 3.53”, en “The interpretations of dreams”, trad. R.J. White, Park Ridge (New Jersey), Noyes Pres, 1971, pág. 171.

<sup>4</sup> Peter Brown, ob. cit., pág 284.

Tácito pensaba que el cristianismo era una superstición perniciosa, y no mejor opinión tenían Juvenal, Antonino, Porfirio y la generalidad de los escritores del momento, algunos de los cuales se mofaban de esta creencia enteramente nueva considerada absurda y nociva para la Humanidad.<sup>5</sup> Con razón San Pablo dice a los Corintios que mientras los judíos piden señales y los griegos sabiduría, nosotros predicamos a Cristo Crucificado, para locura de los gentiles. Y esto mismo fue lo que permitió a Lactancio responder a aquella frase de Artemidoro sobre los pordioseros, afirmando que los pobres y desheredados son inútiles para los hombres, sí, pero útiles a Dios.<sup>6</sup>

### **3.- UN MENSAJE PARA TODOS...**

En el cristianismo, la importancia del otro deja de ser económica, porque ya no se basa en la propia utilidad o conveniencia, sino en la necesidad existencial de tener que amar al prójimo para ser plenamente nosotros mismos, para no ser seres incompletos, porque todos pertenecemos al mismo Ser. Por eso, esta religión del amor ya no es un sinfín de reglas que detallan el pacto con Yahvé, una especie de contrato por el que, a cambio de cumplir sus cláusulas, obtendremos la protección en esta vida y el cielo en la otra. Lo expresa rotundamente San Juan de Ávila, patrón del clero español cuya festividad celebramos precisamente hoy: “El que dice que te ama y guarda los diez mandamientos de tu ley solamente porque le des la gloria, téngase por despedido della”.<sup>7</sup>

La reacción inicial frente al mensaje de la Cruz no se diluyó con el tiempo, porque no es cuestión que tenga que ver con una época o lugar determinado, sino con las ideas eternas sobre la vida. Hay quienes lo fían todo a la fuerza y a la voluntad individual, y piensan que el mundo debe ser un escenario de lucha en el que prevalezca la supremacía del más fuerte. Darwin lamentaba que mientras en los pueblos salvajes sobreviven los fuertes y desaparecen los débiles, los pueblos civilizados nos

---

<sup>5</sup> Pueden consultarse estas opiniones en “Historia General del Cristianismo”, de John Fletcher y Alfonso Ropero. Editorial Clie, págs. 52 y ss.

<sup>6</sup> Peter Brown, ob. cit., pág. 186

<sup>7</sup> San Juan de Ávila en sus “Meditaciones devotísimas del amor de Dios”

esforzamos por socorrer a imbéciles, mutilados, enfermos y viejos, actitud que consideraba muy perjudicial para la raza humana<sup>8</sup>. También Nietzsche sostuvo ideas parecidas. “El cristianismo...- decía- es la religión antiaria por excelencia;..., el evangelio de los pobres y de los humildes proclamando la insurrección general de todos los oprimidos, de todos los miserables, de todos los fracasados;..., la inmortal venganza de los parias convertida en religión del amor”. Y añadía: “Las épocas vigorosas, las civilizaciones aristocráticas, vieron en la compasión, en el amor al prójimo, en la falta de egoísmo y de independencia, algo que les parecía despreciable”.<sup>9</sup>

Pues sí. Aciertan Darwin y Nietzsche, muy a su pesar. Ese es el mensaje de la Cruz. El cristianismo es una religión para los débiles, porque todos somos débiles, incluso los Darwin y Nietzsche y quienes se creen tan fuertes como aquel Titanic que ni Dios mismo podía hundir y no pasó de su primera travesía. Es un mensaje civilizador, que abandona la concepción inicial del mundo como lucha entre los fuertes y los débiles y la sustituye por un mundo compasivo, en el que lo importante no es el dominio sobre el otro sino la comunión con él. Porque todos, TODOS, somos hijos de Dios y ésa es nuestra mayor cualidad, razón por la cual, todos tenemos la misma dignidad y el mismo valor como seres humanos, depositarios cada uno de un trozo de la vida creada. Así lo enseñaron al mundo los pensadores de la Escuela de Salamanca en nuestro Siglo de Oro, dominicos como Domingo de Soto o Francisco de Vitoria y jesuitas como Suárez o Mariana, cuando España descubrió la existencia de seres humanos en el Nuevo Continente y les reconoció derechos. Enseñanzas que convendría recordar en tiempos donde vuelven a sonar con estruendo las trompetas de guerra de los poderosos contra los pobres, los migrantes o los desposeídos de la fortuna.

“Toma tu Cruz y sígueme”, reza la leyenda escrita en esta sobria cruz de guía, blasón de esa seráfica sencillez que San Francisco consideraba “hija de la gracia, hermana de la sabiduría y madre de la justicia”. Pero, como sabemos, antes de esta frase el Maestro nos señaló una primera exigencia

---

<sup>8</sup> Darwin (1871), Parte 1, Cap. V: Natural Selection as affecting Civilised Nations. En [principiailliberis.wordpress.com](http://principiailliberis.wordpress.com)

<sup>9</sup> Friedrich Nietzsche, “El crepúsculo de los ídolos”, págs. 69 y 70. Ediciones Brontes, 2011

para seguirlo: negarse a sí mismo. Si las ideas clásicas ponen en el centro al individuo, la Cruz pide negar ese individualismo. No hay salvación posible para el individuo solo porque a éste siempre le acecha la muerte, la definitiva y la cotidiana, esa cárcel que significa encerrar un alma que se sueña inmortal en una realidad limitada y finita. De esa cárcel sólo se sale por amor, abandonando el yo individual como centro de nuestras preocupaciones. Ahí se produce la gran liberación de la Cruz, cuando uno se da cuenta de que es sólo una parte de la creación, un depósito de vida que no tiene sentido si no se pone en común con la vida de los demás. Ese es el negarse a sí mismo, y esa es la muerte individual que enseña la Cruz como único camino para la resurrección. San Agustín lo expresa mucho mejor que yo: “De esa manera tu alma no es tuya propia sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas sino la única alma de Cristo”<sup>10</sup>. Exactamente lo mismo que se siente vistiendo la túnica nazarena o bajo las trabajaderas de un paso, cuando uno se integra con sus hermanos en una realidad superior inmortal.

#### **4.-... Y PARA TODO**

Porque esta negación no es, como en las ideologías totalitarias, una aniquilación del individuo, sino una realización en todos y en Dios. “Misericordia quiero y no sacrificio”, recordaba Jesucristo las palabras de Yahvé referidas por Oseas (Mt, 9, 13). Como ilustra la parábola de los talentos, la Cruz no es un mensaje negador de la persona en cualquiera de sus dimensiones, incluida la festiva, pues Jesucristo fue muy criticado porque sus discípulos no ayunaban como lo hacían los de Juan el Bautista o los fariseos, sino que comían y bebían sin recato alguno, como, sin ir más lejos, espero que lo hagamos nosotros dentro de un rato en los Baños de la Reina Mora.

Sabemos que en las bodas de Caná, María dice a Jesús: “No tienen vino”. Pero habría que matizar, porque dicho así podría pensarse que había

---

<sup>10</sup> San Agustín, Carta 243. En [www.augustinus.it](http://www.augustinus.it). Traducción Lope Cilleruelo, OSA, revisión Pío de Luis, OSA.

fallado el catering y se veían obligados a celebrar toda la boda con agua. Pero no, no. Sí tenían vino, lo que pasa es que se lo habían bebido todo. Y no debió ser poco, porque cuenta el Evangelio que cuando el maitre probó el vino milagroso dijo al novio: “Todos sirven primero el vino bueno, y cuando están ya *bebidos*, el peor; pero tú has guardado *hasta ahora* el vino mejor”<sup>11</sup>. “Hasta ahora”,... O sea, que ya habían trasegado bastante, a pesar de lo cual Jesús hace su primer milagro para que siga la fiesta.

Aprovecho que aquí estoy a cubierto y puedo acogerme a sagrado sin temor a represalias para atreverme a sugerirle a mi mujer –es sólo una sugerencia- que repare también en la actitud de la Virgen cuando los amigos lo están pasando bien y se les ha acabado el vino. Este pasaje nos demuestra que frases como “¿otra copa vais a pedir?”, “¿no habéis bebido ya bastante?”, “anda, vámonos p’a casa” pueden parecer muy razonables y sensatas, pero en realidad son muy poco evangélicas.

No, no. La Cruz no es imagen de la muerte, sino de la vida total. Es la religión de TODOS los seres humanos y de TODO lo que es cada ser humano. Entonces, ¿por qué su símbolo es un instrumento de tortura y muerte? Porque la muerte es lo que da sentido a la vida. Sólo sabiendo que somos mortales damos sentido a lo que somos, solo sintiendo que somos una realidad limitada y parcial nos podemos dar cuenta de que pertenecemos a un Todo y que nuestra vocación es unirnos a él, liberándonos así de la muerte individual y de toda su parentela: el dolor, la enfermedad, el hambre, la guerra, la miseria. Aceptar la Cruz es asumir las circunstancias individuales que a cada cual nos tocaron en suerte; creer en ella es pensar que la solución a esa pequeñez no es agrandar el individuo que somos, sino trascenderlo en unión de los demás hacia Dios. Quizás esto fuera lo que quiso explicarnos Jesús con la frase “quien quiera salvar su vida la perderá y quien pierda su vida a causa de mí la encontrará”<sup>12</sup>. La eternidad nunca consistirá en prolongar o extender infinitamente la vida terrenal, ni en el tiempo ni en el espacio, ni en la duración de la vida, ni en la expansión del yo personal. La vida y la muerte son la misma cosa, el pasar del tiempo, ese tiempo al que nos arrojaron desde los jardines del

---

<sup>11</sup> Jn, 2,10

<sup>12</sup> Mt, 16,25.



Edén y del que nos salvó la Cruz. Por eso, la Cruz no es un lúgubre *memento mori*, sino una enseñanza de vida: para saber vivir hay que darle sentido a la muerte y a sus aliados.

## **5.- EXPRESIÓN SEVILLANA DEL MENSAJE DE LA CRUZ**

Una religión de TODOS y de TODO siempre ha sido incomprendible para la lógica humana. Pero eso ya lo sabíamos, que el Padre ha ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las ha revelado a los pequeños (Lc, 10, 21). Ésta es la dificultad para expresar el misterio de la Cruz con palabras. Tal vez pueda ser explicada, pero no entendida sólo desde la razón. Recuerdo una ocasión, cuando yo todavía ejercía de costalero, que el día de salida de la Cofradía llovió y se suspendió la estación de penitencia. Durante el rezo del acostumbrado Vía Crucis, había un compañero del costal junto a mí, persona devota, sencilla y noble, cuyas escasas letras no le daban para seguir muy bien las oraciones. “¿Tú no rezas?”, le preguntó alguien. “Yo no sé rezar con palabras; yo sólo sé rezar con los pies”, le contestó.

Sevilla ha sabido construir un lenguaje para entender la Cruz desde esos pequeñuelos que conocen estas cosas mejor que los sabios y por eso saben que la Verdad es inefable, imposible de representar con palabras, pero sí permite aproximarse a ella con imágenes, sonidos, olores y ritos, a través de las Cofradías y la Semana Santa.

Cristo hablaba en parábolas para hacerse entender más fácilmente, y Sevilla, siguiendo ese ejemplo, ideó su Semana Santa, que es una gran parábola de esa reunión de todos los hermanos alrededor de Dios y de su Madre. La propia estructura de la fiesta consiste en una obra coral en la que ningún individuo es importante, sino Quien va encima del paso. Cuando alguien quiere destacar individualmente en la Semana Santa indefectiblemente está fuera de lugar, está cometiendo el gran pecado, el

único imperdonable, el pecado contra el Espíritu Santo en versión sevillana.

El sentido actual del anonimato cofrade es la negación del individualismo, la reunión de todos ordenados hacia lo Divino. Por eso los nazarenos han de ir cubiertos y los costaleros deben esconderse tras los faldones, porque no hay individuos sino hermanos que se ponen en común en torno a Dios. Nazarenos, penitentes, costaleros, acólitos, músicos, cirios o varas, capataces o contraguías, aguadores o pertigueros. Ahí estamos todos por igual participando activamente en el Misterio de la Cruz. Por supuesto también el pueblo que contempla las cofradías y se funde con ellas en una simbiosis que no han conseguido ni las corrientes teatrales más vanguardistas. Este es nuestro sencillo modo de expresar esa complicada idea de trascenderse con los hermanos hacia Dios.

### **5.1.- Una convocatoria a todos**

Recuerdo una madrugada de Viernes Santo que fui con mi amigo José Luis, gallego residente en Pontevedra, a ver la Macarena por la calle Feria, en su primera Semana Santa en nuestra ciudad. En las aceras de la calle Ancha estaban la vecina del barrio en ropa de andar por casa, el niño-bien todavía vestido de Jueves Santo, la parejita de adolescentes en su noche mágica, el matrimonio de mediana edad, el abuelo emocionado, el moderno con vaqueros raídos y pendientes por doquier, curas, monjas, ricos, pobres, viejos y jóvenes, pijas y canis, y hasta algún borracho intentando disimular su papalina al paso de la Señora. TODOS. Y todos poniéndolo todo en aquel momento, cada uno rumiando sus propias entretelas, pidiendo y recibiendo Esperanza. José Luis es persona sensible y se dio cuenta: “Aquí la gente se toma muy en serio esto”, me comentó. Se percibía el aroma de lo Sagrado.

Y allí todos éramos lo mismo, fieles de la Virgen, sin distinción de roles o circunstancias sociales. Porque en esos momentos cada uno no es más que su alma infantil desnuda, liberada de las adherencias que el tiempo ha

depositado sobre ellas. De ahí surge esa complicidad que se advierte cuando cruzas la mirada con alguien y notas que está sintiendo lo mismo, ese pellizco que provoca un sentimiento común cuando rompe “Pasa la Macarena”, y a todos se nos abren las ventanas del corazón que dan al infinito, allí donde habitan los que se nos fueron y todo es plenitud.

José Luis ha vuelto después muchas veces a Sevilla en Semana Santa. Otra madrugada de Viernes Santo, ya entrada la mañana, José Luis, incombustible, quería seguir viendo cofradías. Yo, teniendo en cuenta que llevábamos todo el día de acá para allá, y que en unas horas había que dedicarse a la tarde del Viernes, le dije que me retiraba cobardemente a mis aposentos. Él ya no me necesitaba para moverse por Sevilla, pero decidió irse también a la cama, al hotel donde paraba en la calle Álvarez Quintero, cerca de Argote de Molina. Acababa de acostarse cuando escuchó las cornetas y tambores del Señor de los Gitanos subiendo la cuesta del Bacalao. Inmediatamente se levantó, volvió a vestirse y bajó rápidamente las escaleras. Cuando iba a salir por la puerta del hotel, el recepcionista le espetó con simpatía: “pero, hombre, ¿otra vez se va usted a la calle? A lo que José Luis respondió con naturalidad: “Pues, ¿no ve usted que me están llamando?”

Eso es la Semana Santa, una llamada a TODOS en torno al mensaje de la Cruz. A veces se critica a nuestra Semana Santa por supuestos comportamientos heterodoxos o desviados. Sin embargo, no pueden atribuírsele a las cofradías, a lo largo de su dilatada Historia, disensiones doctrinales de ningún tipo. Ha habido heterodoxia en materia de costumbres -como dedicar el palio al culto de hiperdulía y no sólo al de latría- e incluso anticipaciones dogmáticas –“María es la Pura Concepción, que antes que Roma mi Sevilla proclamó”, cantaba el genial Silvio<sup>13</sup>-, pero nunca hubo movimientos heréticos o cismáticos, ni tentaciones de ello. Lo que ocurre es que las cofradías son por naturaleza inclusivas, abiertas a todos, también a los que somos pecadores. Porque Él no vino a salvar a los justos sino a los pecadores, y, como dice el Papa Francisco, la Eucaristía no es un premio para los perfectos, sino un remedio poderoso y alimento

---

<sup>13</sup> “La Pura Concepción”, de Silvio Fernández Melgarejo, en el álbum Fantasía Occidental, 1988, Silvio y Sacramento.

para los débiles<sup>14</sup>. Así, también las cofradías tratan de llevar el mensaje de la Cruz a todos y ser refugio para los débiles. Son madres que reciben con los brazos abiertos a sus hijos pródigos aunque sólo vayan a verlas una vez al año. Sus impurezas constituyen su verdad porque en ellas caben no sólo los buenos, sino todos los que necesitan a Dios, como el Gran Poder, Pasión, las Penas o las Tres Caídas salen a la calle no sólo para ser venerados por los justos, sino para que todos puedan ver la cara de Jesús cargando con la Cruz y sentirse interpelados por Él.

## **5.2.- Alrededor de la Cruz en camino hacia la eternidad**

Esa omnipresencia de la Cruz es otro argumento frecuente en la crítica de nuestra Semana Santa, que no haría suficiente hincapié en la Resurrección. Habría que advertir, ante todo, que, a diferencia de algunas festividades autonómicas, en Sevilla no celebramos las derrotas, sino las victorias, y ésta lo fue y grande. Por eso la celebramos. Lo que pasa es que no hacemos como en esas retransmisiones de fútbol, que cuando el gol de tu equipo te pilla tomando una cucharada de sopa y te lo pierdes, en la repetición verás seis o siete veces cómo el balón traspasó la línea de meta, pero no verás la jugada de gol. Sólo el final de la película una y otra vez. Y lo interesante es ver qué jugador se desmarcó, cómo se consiguió abrir la defensa rival, quién dio el pase, quien defendió mal, cómo lo apresaron en Getsemaní, cómo lo llevaron ante Anás, Caifás, Herodes y Pilato, lo azotaron, lo coronaron de espinas, lo cargaron con una cruz y lo crucificaron; cómo murió, cómo lo descendieron de la cruz y lo trasladaron al sepulcro y cómo lo enterraron, y también cómo María lloró su muerte. El final, la resurrección, ilumina todo lo anterior y le da sentido. Pero nosotros todavía no hemos resucitado. Nosotros estamos aún en la posición en la que estaban los apóstoles, las Marías, Arimatea y Nicodemo, y tenemos que ver las cosas que vieron ellos, el desenvolvimiento entero del misterio de la Cruz, con la diferencia de que nosotros sabemos el final. Va de suyo; si no, no lo conmemoraríamos.

---

<sup>14</sup> Cita tomada de Anselmo da Silva Borges, en artículo publicado por el Diálogo de Notícias del 5 de enero de 2018.

Quienes así nos critican creen que debemos representarnos el más allá con los esquemas mentales del más acá, y habría que responderles como Cristo a los saduceos, cuando éstos le plantearon su famosa pregunta trampa, de quién sería mujer en la vida eterna la viuda sucesiva de siete hermanos: “Estáis en un error y no conocéis ni las Escrituras ni el Poder de Dios, porque en la resurrección no habrá maridos ni mujeres, sino que serán como ángeles en el cielo”<sup>15</sup>. Como nadie sabe a ciencia cierta cómo es eso, nosotros representamos la resurrección haciendo ver cómo de la muerte surge un Dios de la Vida, cómo del dolor nace la mayor expresión de belleza, y cómo hasta el mayor sinvergüenza compone la estampa de un magnífico nazareno, que es lo más que puede hacer la criatura para intentar parecer un ángel del cielo.

No vamos buscando la muerte sino la vida eterna, a través de la pasión y muerte de Quien la venció. Porque la Pasión, es un mensaje para la vida. Desde la resurrección se mira hacia atrás y se ve dónde estuvo la clave: en la Cruz. Por eso no es un símbolo triste, sino total, el que da sentido a la existencia y la libera de sus límites. Y también por eso nosotros poblamos el universo sevillano de cruces que transmiten de muchas maneras ese mensaje de totalidad. Hay Crucificados que acercan más a la naturaleza divina de Jesús y otros a la humana, estando ambas presentes en todos. Encontramos serenidad en la Buena Muerte, mansedumbre de espíritu en el Amor, majestad en el Calvario, fortaleza en el Cristo de la Salud, explosión de Vida y Muerte en el Cachorro, unción divina en este Cristo de la Vera Cruz. Y tantos otros que no nombro porque ya les dije que esto no iba a ser un pregón. Es la muerte dando lecciones para la vida.

Y lo mismo podríamos decir de los nazarenos, de las Cruces solas o de las que se intuyen en misterios donde todavía no aparece. Es el mensaje de la Cruz que lo inunda todo y a la que homenajeamos. La Cruz que abraza Nuestro Padre Jesús Nazareno, que es alegoría de toda la Semana Santa, abrazo de la ciudad al mensaje que servirá de alimento todo el año.

---

<sup>15</sup> Mt, 22,29-30.

El Triunfo de la Cruz sobre la muerte nos sumerge en un mundo sin tiempo. En nuestro interior, las cuitas cotidianas dejan su sitio al andar de los pasos, el discurrir de los nazarenos, el olor a incienso y azahar, la música cuando la hay y, cuando no, el silencio que deja oír el rumor de la primavera sevillana. La Cruz ilumina nuestras zonas eternas y difumina la trivial individualidad. En esos días no somos Manolo, ni Paco, ni Juana ni Conchita, sino el nazareno, el costalero, el acólito, el monaguillo o el simple sevillano que llena las calles, porque rebuscamos en el cañamazo de nuestras cofradías lo que hay de eterno en nosotros, que es aquello que nos hace ser partes de un todo trascendente.

El culto a la Verdadera Cruz no tuvo inicialmente un carácter pasional, sino triunfal y victorioso. Más tarde, la fiesta de la Invención en mayo conservó ese aspecto festivo y a la de la Exaltación en septiembre se trasladó su sentido sacrificial. Nuestra Semana Santa consigue aunar ambas facetas de la Cruz, dándole al sacrificio el valor festivo y alegre que tiene en el cristianismo. Todos disfrutamos preparando y viviendo nuestras cofradías porque así, uniéndonos al ser histórico de Sevilla, nos conectamos a nuestros hermanos y a Dios. Como decía San Juan XXIII, “somos cultivadores de un jardín destinado a florecer perennemente, peregrinos del Absoluto, de saciar nuestra sed en la antigua fuente de la aldea que da el agua a las actuales generaciones de hoy como se la dio a las del pasado.<sup>16</sup>” Bebiendo de esas fuentes que vienen de lo antiguo, los sevillanos buscamos la eternidad en el destilado de nuestras raíces. En esa peregrinación hacia el Absoluto descubrimos que, en realidad, todo gira en torno a los dos elementos centrales de nuestro credo, amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo, y esto lo mostramos subiendo a Dios y a su Madre en un paso, que es lo más absolutamente bonito que sabemos hacer, y poniéndonos todos juntos a su servicio, con un cirio, una cruz, un costal, tocando una trompeta o viéndolos pasar, sea tal cofradía o tal otra, esta calle o aquélla. Da igual. Es simplemente nuestro paseo por el Paraíso.

---

<sup>16</sup> San Juan XXIII, 13 de noviembre de 1960. Citado por José Luis González-Balado y Loris F. Capovilla en “Juan XXIII, anécdotas de una vida”, PPC 2000, pág. 306.

## 6.- COLOFÓN

Cuando la Virgen de la Soledad dobla esa esquina de la Gavidia vemos perderse por Cardenal Spínola la Cruz sola, silente y cimbreante. La tristeza que nos invade no es en modo alguno antievangélica, y hay que entenderla en el lenguaje propio de la Semana Santa. Esos días para los sevillanos representan nuestro Monte Tabor; hemos sido transportados por la belleza al mundo perfecto de la eternidad, a la contemplación de Dios y, claro, es natural que, como San Pedro, exclamemos “Maestro, ¡qué bien se está aquí!”, y queramos acampar para siempre. Esa pena es el dolor que produce abandonar ese mundo sin tiempo, cuando vemos que la última Cruz se aleja y debemos volver a nuestra pequeña mismidad individual. Por eso, para mantener vivo ese mensaje de eternidad, surgieron las cofradías, que dando culto a la Cruz nos recuerdan todo el año que ella es el camino para la Resurrección.

Aquellos días de 1248 nos devolvieron las doctrinas de San Ambrosio y San Agustín, y de nuestros San Isidoro y San Leandro, con toda la frescura del cristianismo primitivo. La honda simpleza de las grandes verdades, desde las que retomamos nuestro camino hacia el Reino del Mesías que profetizaba Isaías, ese reino de paz universal en donde habitará el lobo con el cordero, el leopardo se acostará con el cabrito y comerán juntos el becerro y el león y un niño pequeño los pastoreará<sup>17</sup>. El reino del Bien, el reino de la Verdad, el reino de la Cruz.

Hay que terminar. Y lo hago dedicando a la Santísima Vera-Cruz las palabras con las que San Agustín finalizó uno de sus famosos sermones a los fieles de Hipona:

---

<sup>17</sup> Is, 11,6.

“Ya me voy dando cuenta de que vuestros afectos se levantan con los míos hacia el cielo. Yo tengo que dejar el relato, y vosotros tenéis que ir también cada uno a su casa. ¡Qué felicidad ha sido para nosotros, durante un momento, esa luz común y qué gozo y qué alegría tan inmensos! No nos apartemos de ella cuando nos alejemos unos de otros”<sup>18</sup>

Muchas gracias

---

<sup>18</sup> San Agustín citado por Peter Brown, ob.cit., pág. 385.